

**DE LAS RELIGIONES A LA ESPIRITUALIDAD:
EL CAMINO DE RETORNO HACIA ADELANTE**

Por Ignacio Dueñas García de Polavieja

Capítulo uno

**La *cosificación* de la espiritualidad:
del panteísmo al monoteísmo**

“En ese sentido habría determinado una primera separación de una vida de apertura y comunión con la naturaleza hacia una existencia más orientada a la superioridad de unos sobre otros y a la domesticación que siguió a la inauguración de la cultura simbólica”. (John Zerzan).

1.- El Ser humano: Espiritualidad y Religión

La antropología ha establecido el consenso de que el hombre es, en esencia, un animal religioso. Por tanto, podemos deducir que el anhelo de lo *sacrum* surgió en el mundo a la par que nuestra especie (el criterio de identificación humana de restos arqueológicos radica en la presencia de simbología religiosa en ellos¹) y, damos por hecho, desaparecerá cuando nos extingamos, salvo que suframos una mutación cualitativa o algún otro fenómeno imponderable. Dicho de otro modo, en la medida en que existe el género humano, existe la religión².

1 HICK, J, *God has many names*, The Westminster Press, 1984, p. 42.

2 La pervivencia de la religión, así como del arte, como fenómenos específicamente humanos es algo aceptado por grandes sociólogos de la religión, entre ellos Max Weber y Emile Durkheim. (KÜNG, Hans, *Ser cristiano*, 3ª Edición, Ediciones Cristiandad, Salamanca, 1977, p. 70).

Ahora bien, si tenemos en cuenta el proceso que deviene de primate en homínido y a *homo sapiens*, nuestra especie, que ya tiene 4 millones de años de antigüedad³, lleva unos 50.000 tal y como hoy existe con sus características fundamentales (determinada estructura craneal, cierta capacidad inteligente, habilidad para construir instrumentos más o menos rudimentarios, postura corporal erguida...)⁴. Sin embargo, y como veremos más adelante, las religiones organizadas surgen tras la aparición de las primeras ciudades, en la etapa final del Neolítico, hace unos 4 mil años⁵. No obstante, la espiritualidad, o apertura espontánea del hombre con respecto a su propia interioridad, a lo trascendente y a lo absoluto, se pierde, como hemos visto, en la noche de los tiempos. La religión organizada (o codificación y sistematización de la espiritualidad) es, como hemos visto, tan reciente que si la humanidad tuviese una hora de duración, sólo en el último cuarto de segundo habría existido dicha institucionalización de la fe.

De modo tangencial surge la siguiente cuestión: la visión occidental del hombre sostiene que este es un ser en esencia sociable; o sea, un animal político, según la célebre afirmación de Aristóteles⁶. Recientes estudios psicológicos y pedagógicos insisten, por tanto, en la importancia del proceso de sociabilidad dentro del marco educativo infantil. Sin embargo, es pertinente ponderar semejante afirmación con la consideración oriental y espiritual del hombre como un animal cósmico antes que social. Experimentos científicos acerca de lo saludable de la vida de los monjes de clausura⁷, avalados por la gran tradición interreligiosa de éstos, así como por la multitud de actividades solitarias de numerosos efectos benéficos (la meditación, la reflexión, la lectura, la oración, el senderismo, el yoga, etc.), con-

3 VIGIL, José María, *Teología del pluralismo religioso. Curso sistemático de teología popular*, Editorial Abya Yala, Quito, 2005, p. 305.

4 CAPRA, Fritjof, *El punto crucial. Ciencia, sociedad y cultura naciente*, Editorial Troquel, S.A., Buenos Aires, 1992, p. 161.

5 *Ibidem.* 309.

6 ARISTÓTELES, *Política*.

7 Un experimento, llevado a cabo por especialistas en neurociencia de la Universidad de Wisconsin, consistió en cientos de voluntarios sometidos a una serie de resonancias magnéticas nucleares. Un baremo que iba desde el nivel 0.3 (muy infeliz) al -0'3 (muy feliz) fue rebasado por Matthieu Ricard al llegar al -0'45, por lo que se le pasó a denominar como "el hombre más feliz del mundo". Curiosamente, se trata de un monje budista que, doctor en genética celular, y de posibilidades económicas, desde los 30 años lleva una vida de pobreza, rigurosa castidad y práctica diaria de la meditación. (<http://www.elmundo.es/magazine/2007/395/1176906666.html>).

firmarían esta opinión. La soledad, tan temida por el hombre actual, es reivindicada por Thoreau mediante las siguientes palabras:

“Me parece saludable estar solo la mayor parte del tiempo. Estar en compañía, aun en la mejor compañía, pronto resulta aburrido y una pérdida de tiempo. Me encanta estar solo. Nunca he encontrado una compañía que acompañe tanto como la soledad. La mayor parte de las veces estamos más solos cuando salimos a buscar compañía de otra gente que cuando nos quedamos en nuestra habitación”⁸.

2.- ¿Qué motiva ser “religioso”?

Algunos estudios acerca de la fenomenología de la religión, suelen atribuir el origen de ésta, por una parte, a la necesidad de conocer el mecanismo y el origen del cosmos⁹ y, por otra, a estados carenciales de una humanidad aún rudimentaria cuyas características eran el temor a la muerte, el dolor por la pérdida de los seres queridos, y el miedo a unos fenómenos naturales que ni comprendía ni controlaba, a la par que amenazaban su existencia¹⁰. Sin embargo, este enfoque, no exento de fundamento en su totalidad, se nos antoja excesivamente cartesiano, racionalista, positivista y científicista.

Así, trascendiendo (que no negando) esta visión, deberemos contemplar el asunto desde un prisma que integre, con toda seriedad, lo mágico, lo cósmico y lo místico. Semejante afirmación, aparente *boutade* propia de la *new age* finisecular, debe ser tomada muy en cuenta tras las diversas aportaciones que a lo largo del siglo XX han quebrado el paradigma cartesiano y newtoniano de la epistemología. De esta manera, recordemos las investigaciones acerca del subconsciente como fuente de energía oculta (Sigmund Freud), la teoría de la sincronicidad como fundamento del fenómeno parapsicológico (Ernst Jung), la de la relatividad (Albert Einstein), o la de la indeterminación de la materia (Werner Heisenberg), la interpretación mística de la física cuántica (Fritjof Capra), la constatación de la parapsicología (José María Pílon, SJ), del chamanismo (Mircea Eliade),

8 THOREAU, Henry David, *Breviario para ciudadanos libres*, Ediciones Península, Barcelona, 1999, pp. 33-34.

9 MARINA, José Antonio, *Dictamen sobre Dios*, Editorial Anagrama, Barcelona, 2001, p. 25.

10 *Ibidem*, 30-31.

o de las vivencias *post mortem* de pacientes declarados clínicamente muertos pero vueltos a la vida (Raymond A Moody), así como de la fenomenología de la experiencia mística (Francisco José Rubia).

Atendiendo a este enfoque, pero sin negar el anterior, sostendremos que la humanidad preurbana (es decir, la prehistoria paleolítica), era producto de una naturaleza en la que se sentía integrada y de la que formaba parte. Así, la armonía de los ciclos biológicos internos o microcósmicos (sístole-diástole, esfuerzo-descanso, sueño-vigilia, nacimiento-muerte...) con los externos o macrocósmicos (invierno-verano, día-noche, otoño-primavera...) le permitían una integración biorrítmica cuya consecuencia sería la capacidad de percibir e interactuar con ciertos planos sutiles de la realidad, inmensurables mediante la física clásica, y no deducibles por la lógica cartesiana, pero constatados hoy día gracias a la física cuántica, como se verá más adelante, y que le permitían al hombre una existencia dotada del plano mágico, cósmico y místico, que luego desarrollaremos.

Sin embargo, esta dimensión no imaginaria, pero únicamente perceptible por las facultades suprarracionales del ser humano, quedó olvidada mediante el lento proceso de atrofia sufrida por dichas facultades, a partir de una progresiva autoexclusión del hombre con respecto a su hábitat natural (marco de lo sutil o mágico) en dirección a otro artificial. Esta involución comenzó, en el plano político con las primeras ciudades (Ur, Canaán, Lagash...) y civilizaciones (sumerios, acadios, babilonios...); se intensificó, en el plano religioso con los monoteísmos (judíos, cristianos y musulmanes); se implementó, en el plano cultural a partir del Renacimiento; y culminó, en el plano tecnológico a partir de la revolución industrial.

En referencia a este plano tecnológico como causa del proceso de *cosificación* de la humanidad, no deja de ser sugerente la teoría del sociólogo y filósofo Marshall Mc Luhan, quien afirma que el lenguaje, la escritura y la imprenta supusieron tres episodios sucesivos de enajenación, al permitir una intensificación de lo cognitivo intrapersonal, lo que supondría una escisión sujeto-objeto, y la consiguiente separatividad del individuo, y por tanto su ruptura con respecto a su inocencia primitiva¹¹.

11 MC LUHAN, Marshall, *La comprensión de los medios como las extensiones del hombre*, Diana, México, 1965, pp. 13-110.

Esto sostiene al respecto el anarco-primitivista John Zerzan:

*“En ese sentido habría determinado una primera separación de una vida de apertura y comunión con la naturaleza hacia una existencia más orientada a la superioridad de unos sobre otros y a la domesticación que siguió a la inauguración de la cultura simbólica”.*¹²

De esta manera, y sin negar las explicaciones más racionalistas y convencionales apuntadas con anterioridad, sería un tanto ingenuo y estrecho de miras negar el componente místico y contemplativo que, de modo espontáneo e intuitivo, la humanidad habría desarrollado mediante una gama de ejercicios prácticos (técnicas respiratorias, visualizaciones mentales, posturas corporales...) surgida mediante el hábito y el tanteo y error.

Así, el chamanismo, los estados alterados de la conciencia, el trance, la experiencia mística, las sincronías, la telekinesia, la precognición y la superación de las leyes de la tridimensionalidad, no pueden ser negadas en su fenomenología ni aun en sus fundamentos, después de que a lo largo del siglo XX numerosos hallazgos científicos hayan dejado obsoleto el racionalismo cientificista.

Por una parte, si bien no debemos idealizar a unos ancestros cuyas condiciones de vida eran extremadamente duras, por otra, esa actitud hoy perdida de integración de lo humano en lo cósmico (mística), ha supuesto la consideración de que la prehistoria fuese la edad de oro de la humanidad. El erudito nicaragüense José Coronel Urtecho es uno de los que lo sostiene¹³. El citado Zerzan también:

*“Uno de los mitos más extendidos y duraderos cuenta que hubo una vez una Edad Dorada, caracterizada por la paz y la inocencia, hasta que algo sucedió para romper ese idilio y condenarnos a la miseria y al sufrimiento. El Edén, o cualquier otro nombre que se le dé, era el hogar de nuestros primitivos ancestros forrajeros, y refleja el lamento de los desilusionados labradores de la tierra por la pérdida de una vida de libertad y relativa facilidad.”*¹⁴

Esta humanidad prehistórica, mística y tribal, espiritual y bár-

12 ZERZAN, John. *Futuro primitivo*, Numa Ediciones 2001, Valencia, 2001, p. 18.

13 Así lo explica su sobrino, el también nicaragüense Ernesto Cardenal, célebre poeta: “¿La vuelta a la Edad Media? Él no creía en ninguna vuelta a la Edad Media; él seguía siendo un reaccionario, pero la edad en la que él creía era la Edad de Piedra, que había sido la verdadera edad de oro de la humanidad”. (CARDENAL, Ernesto, *Vida perdida. Memorias I*, Fondo de Cultura Económica, México, 2003, pp. 368-69).

14 ZERZAN, John. *Futuro primitivo*, Numa Ediciones 2001, Valencia, 2001, p. 21.

bara, ha ocupado, repetimos, los primeros 59 segundos y medio de la hipotética hora de existencia de nuestro género. Como se acaba de apuntar, las condiciones de vida eran ínfimas: baja esperanza de vida, altísima mortalidad infantil, exposición constante a grandes peligros, competencia con otras especies animales, catástrofes naturales para las que no se estaba preparado, o los accidentes propios de un hábitat agreste. No obstante, este carácter de *barbarie* no excluye el componente místico, es decir, la vivencia de una espiritualidad inocente, intuitiva, contemplativa, anárquica y, por tanto, desprovista de estructuras culturales ni conceptuales.

4.- Construcción de Ciudades

La revolución neolítica que, acaecida hace 8 mil años, supuso la conversión del depredador en agricultor, vino acompañada de un aumento en proporción geométrica de la tecnología, con respecto a la cual, la actual globalización no es más que su estadio superior. Dicha etapa prehistórica, además, implementó la evolución de la espiritualidad a la religión. De este modo, el paso de cazador a recolector posibilitó el surgimiento de los excedentes de los recursos, cuyo trueque, almacenamiento y demás gestión, requirieron una organización, un espacio físico donde guardar la producción, y unos administradores que diseñasen y ejecutasen el proceso¹⁵. Todo esto implicó un proceso de sedentarización y de sistematización.

Así surgieron las ciudades, a la par que la especialización de trabajos y funciones. Y según la importancia otorgada a éstas y al nivel de acceso al reparto de la producción aparecieron, aún rudimentariamente, las diferencias sociales. En definitiva: surge la oligarquía (unos poseen y otros no), el autoritarismo (unos dirigen la gestión contra el parecer de otros), el ejército (otros defienden el proceso productivo o se apoderan de otros recursos *manu militari*), y los campesinos, trabajadores y esclavos (los que trabajan en según qué condiciones y grado de disponibilidad):

“La agricultura posibilitó un enorme incremento de la división del trabajo, estableció los cimientos materiales de la jerarquía social e

¹⁵ VIGIL, José María, *Teología del pluralismo religioso. Curso sistemático de teología popular*, Editorial Abya Yala, Quito, 2005, p. 308.

inició la destrucción ambiental. Los sacerdotes, los reyes, la esclavitud, la desigualdad social y la guerra son algunas de sus consecuencias concretas más inmediatas.”¹⁶

5.- De Espiritualidad a Religión

Es en este contexto cuando surge la religión, entendida, repetimos, como la organización práctica de la vivencia espiritual. El sacerdote (que es a la religión lo que el chamán a la espiritualidad¹⁷) organiza el templo, la liturgia, la moral, la soteriología y la doctrina. Esta sistematización se debe en principio a que, tratándose la religión de un fenómeno cultural (a diferencia de la espiritualidad, que es natural), sufre un proceso evolutivo paralelo al del hombre. Así, si el ser humano se *cosifica* al segregarse de su hábitat cósmico tras su inserción en la ciudad, marco artificial donde ya no capta el plano de lo sutil, de modo correlativo y espontáneo se *cosifica* la espiritualidad, pasando del cosmos al templo como *locus*; de los ciclos biológicos a la liturgia como culto; del chamán al sacerdote como intermediario, de la meditación y la contemplación a la oración como vía; y del panteísmo al politeísmo como referencia.

Van surgiendo de modo progresivo las diversas religiones, no de modo lineal sino sinuoso y mediante un proceso de contagios, influencias y cristalizaciones de varios milenios de duración: emerge el hinduismo como la sistematización de las místicas védicas¹⁸, y el budismo como la evolución de un chamanismo ancestral¹⁹. A su vez, surgen los textos sagrados, a menudo como fijación de tradiciones orales, de modo más o menos espontáneo: así, el *Tao Te King* y el *Chuang-Tse* en el taoísmo; y los *Upanishad*, el *Mahabharata* y el *Bhagavad Gita* en el hinduismo.

Otra razón por la que aparecieron las diversas religiones fue la de sacralizar el nuevo orden emergido a partir de la infraestructura de la gestión de los excedentes. Utilizar las creencias como blindaje

16 ZERZAN, John. *Futuro primitivo*, Numa Ediciones 2001, Valencia, 2001, p. 20.

17 PERRIN, Michel, *El chamanismo*, Acento Editorial, Madrid, 2002, pp. 72-73.

18 TAMAYO, Juan José / FARIÑAS, María José, *Culturas y religiones en diálogo*, Editorial Síntesis, Madrid, 2007, pp. 114-15.

19 PERRIN, Michel, *El chamanismo*, Acento Editorial, Madrid, 2002, p. 15.

psicológico ante posibles impugnaciones es un arma muy poderosa: los dioses quieren este orden, y rebelarse contra él es rebelarse contra la divinidad que así lo dispuso. No en vano, es en esta etapa de la prehistoria cuando, dentro del contexto del panteísmo y del politeísmo, se pasa de la representación de las diosas maternas (la madre tierra, por ejemplo) al de los dioses patriarcales²⁰, dotados de imágenes teístas masculinas, autoritarias y belicosas, justo cuando casualmente se empezó a necesitar un logo poderoso que defendiera el hecho novedoso de la existencia de un orden social, con la aparición, más novedosa todavía, de la desigualdad, fenómeno desconocido hasta ese momento.

Es de prever que, en la medida en que la religión se transforma en una coartada, deja de ser el soporte de la espiritualidad y se convierte en una cáscara vacía, cuyo envoltorio cumple con la función designada por el poder. Se trata, pues, del segundo episodio de segregación del hombre con respecto a su esencia espiritual: el primero fue el abandono de su hábitat natural en que ésta fluía espontáneamente, y el segundo consiste en expulsarla de su soporte conceptual, es decir, la religión.

Esta función utilitaria de la religión recuerda al joven Marx que, en su época de hegeliano de izquierdas, pronunció su célebre afirmación de que *“la religión es el opio del pueblo”*²¹. El pensador alemán, por tanto, debía ser conocedor de los atributos divinos de los reyes y los sumos sacerdotes, los sátrapas orientales y el Mesías rey en la historia de Israel, así como de la divinización del faraón egipcio, o la del emperador romano²², pasando por las diversas teocracias, la doctrina medieval de la sumisión del emperador al papa²³, la autocoronación de Napoleón y, de modo mucho más reciente, la

20 VIGIL, José María, *Teología del pluralismo religioso. Curso sistemático de teología popular*, Editorial Abya Yala, Quito, 2005, p. 308.

21 MARX, Karl, *Crítica de la Filosofía del Derecho de Hegel*.

22 Lo cierto es que las divinizaciones de los emperadores se produjeron *post mortem*, si bien Calígula y Domiciano lo fueron en vida. (BLÁZQUEZ, José María, “El culto imperial y los cristianos”, VV. AA., *Cristianismo primitivo y religiones místicas*, Ediciones Cátedra, Madrid, 1995, p. 308).

23 En el siglo XIII, las luchas entre el papa y el emperador, que se venían sucediendo con dos centurias de antigüedad, culminaron con la victoria del primero. Así, el pontífice Inocencio III pasa a ser el dueño del mundo, considerándose a sí mismo *“verdadero y único emperador”*, de la mano de la teoría del *Domínus Orbis*. (PÉREZ MURILLO, M^a Dolores, *Introducción a la Historia de América: altas culturas y bases de la colonización española*, Servicio de publicaciones de la Universidad de Cádiz, Cádiz, 2003, p. 146.).

consideración del general Franco como “*Caudillo de España por la gracia de Dios*”²⁴.

Hemos citado la manipulación de Napoleón con respecto a la fe cristiana. Para posibilitarlo, publicó un *Catecismo Imperial*. Así dice un fragmento:

P- *¿No hay motivos particulares que refuercen más nuestra adhesión a Napoleón I, nuestro Emperador?*

R- *Sí, pues a él es a quien ha instaurado Dios en esas circunstancias difíciles para restaurar el culto público de la santa religión de nuestros padres y para ser su protector (...). Él se ha convertido en el ungido del Señor por la consagración que ha recibido del Soberano Pontífice, jefe de la Iglesia Universal.*

P- *¿Qué debe pensarse de quienes faltaren a sus deberes para con nuestro Emperador?*

R- *Según el apóstol San Pablo, se opondrían al orden establecido por Dios mismo y se harían merecedores de la condenación eterna*²⁵.

A partir de este principio de legitimación religiosa del poder, se irán sucediendo todo un sinfín de aberraciones que han llegado hasta nuestros días: desde el sistema de castas en oriente, a las cruzadas o la inquisición en occidente, así como la segregación de la mujer casi en todas las confesiones, o las guerras de religión que asolaron la Europa del siglo XVI. De este modo, cuando el mártir creía morir por Dios, el inquisidor y el cruzado matar por él, o la mujer interiorizar su sumisión de género, en realidad, y a menudo de buena fe, lo hacían por una estructura de poder que, en cuanto que inhumana y carente de ética²⁶ en su fundamento, no podía ser espiritual ni verdaderamente religiosa.

24 Esa era la leyenda impresa en todas las monedas de curso legal durante la dictadura de Franco. La guerra civil que la posibilitó fue denominada *Cruzada* y, tras ella, se instauró un régimen de legitimidad teocrática, donde la Iglesia gozó de todos los privilegios posibles. (VILAR, Sergio, *Franquismo y antifranquismo*, Ediciones Orbis, Barcelona, 1986, pp. 85-88).

25 ARIAS, Gonzalo, *El proyecto político de la No-Violencia*, Editorial Nueva Utopía, Madrid, 1995, pp. 85-86.

26 En el siglo X, la Iglesia, que era la institución más importante del mundo y tal vez la más corrupta, mereció el apelativo de *pornocracia*. Por ejemplo, llegó a estar dominada durante 6 años por una joven de 17 años llamada Marozia de Teofilato, madre y amante de sendos papas, y que ejerció su poder mediante la seducción sexual, el asesinato y la mentira, jugando a placer no sólo con la institución, sino con la Silla de Pedro. (CHAMBERLAIN, E. R., *Los malos papas*, Círculo de Lectores, Valencia, 1975, pp. 35-47).

6.- *Monoteísmo*

Por lo demás, en cuanto a la representación cognitiva de la trascendencia a partir de sus tres posibilidades (panteísmo, politeísmo y monoteísmo), se deduce el proceso de *cosificación*, pues si el punto de partida son unas indefinidas fuerzas cósmicas y naturales que están en todo y todo lo conforman, con el tiempo se evoluciona a una multitud de seres divinos para culminar en un gran ser personal, antropomorfo, masculino y patriarcal, si bien de naturaleza no física. Esta trayectoria, consecuencia espontánea de la progresiva sofisticación mental del hombre y de sus creencias, no es lineal, ya que, por ejemplo, no hay gran diferencia entre el panteísmo primitivista y los 330 millones de dioses del hinduismo²⁷; o entre el politeísmo de este y la multitud de semideidades que conforman el santoral católico; así como entre el monoteísmo del cristianismo y la figura del Brahma hindú. Constatamos, de nuevo, que este proceso de *cosificación* referente a la representación de lo absoluto, corre parejo al ahogamiento de la espiritualidad por parte de una religión que debiendo ser un cauce no es sino un tapón, pues al sofisticarse esta se diluye aquella, en plena confusión de medios y fines.

En otro orden de cosas, la aparición del monoteísmo está relacionada con el devenir del pueblo hebreo a lo largo de la Antigüedad. Este, sistemáticamente acosado por sus vecinos (egipcios, asirios, caldeos, babilonios, griegos y finalmente romanos) y plagado de traiciones, divisiones internas y gobiernos títere, necesitó echar mano del criterio de cohesión de mayor entidad posible. Y recordemos el papel manipulador de la religión. Así, se descubre lo ventajoso de un único dios para un única nación, de igual modo que un pueblo con muchos es un pueblo dividido. Pero he aquí que los enemigos también tienen sus dioses. Solución: sólo el nuestro es el verdadero, de modo que adorar al propio es fe, y a los ajenos idolatría.

Surgió así el monoteísmo como factor de cohesión social y de conciencia nacional. Se trataba, por tanto, de posibilitar la supervivencia del pueblo hebreo a través de sus avatares históricos,

²⁷ MARINA, José Antonio, *Dictamen sobre Dios*, Editorial Anagrama, Barcelona, 2001, p. 17.

tales como tribalismos, deportaciones, invasiones, traiciones, divisiones territoriales, fragmentaciones sociales, revueltas y actitudes represivas, entre otras.

La *cosificación* de la trascendencia operada por el monoteísmo consiste en su antropomorfización, o sea, el hecho de rebajarla a categorías humanas, mediante su transformación en un ser personal y humano, en cuanto que dotado de una caracterización psicológica (es decir, un ente no corporal, pero pensante, sentiente y existente). Esta deidad, ubicada en un plano fuera de lo material, al estilo del mundo de las ideas de Platón, dio pie a un dualismo tripartito (santo-profano, espíritu-materia y creador-criatura) que, como veremos luego, se radicalizará a partir de Descartes dando paso a un divorcio aun mayor entre el hombre y su espiritualidad, sumiendo a aquel, tras el naufragio de la modernidad, en el despiste existencial de la postmodernidad, para situarlo en la encrucijada actual a la que nos referiremos al final.

7.- Monoteísmo judío “de izquierda”

Sin embargo, el monoteísmo judío presenta una característica totalmente novedosa con respecto a la función justificativa de la religión, y que sospechosamente apenas ha sido reconocida. Hemos visto cómo el dios hebreo surge como factor identitario entre el contexto geopolítico y la necesidad de cohesión interna, social e intertribal. No obstante, en el siglo X a/c, Israel se ha transformado en una potencia, si bien de segunda fila. Esto supuso el enriquecimiento de un determinado sector de la población, así como el empobrecimiento de buena parte de ella, en un proceso de polarización social. Fue entonces cuando surgió, al margen de los profetas de la corte y del sacerdocio oficial del templo, ambos sostenidos por el *establishment*, una nómina de profetas de ámbito rural, de extracción social humilde y de cultura más que limitada. Lo curioso es que no ofrecían un mensaje religioso, sino de justicia social por una parte y de antiimperialismo por otra. No en vano el politólogo Noam Chomsky los ha comparado con los intelectuales del siglo XX,

en cuanto que conciencia ética por lo general despreciada por la gente.²⁸

De este modo, el profeta Amós denuncia el consumismo de las clases adineradas de Israel que “*acumulan violencia y rapiña*” (Am. 3, 10), a la vez que “*el pobre es vendido por un par de sandalias*” (Am. 2, 6; 8, 6). Ante esta realidad, critica la falsedad de las prácticas religiosas afirmando, en nombre de Dios, que “*yo detesto, desprecio vuestras fiestas... si me ofrecéis holocaustos no me complazco en vuestras oblacones. Aparta de mi lado la multitud de tus canciones, no quiero oír la salmodia de tus culpas*”. (Am. 5, 21-23). Por su parte, Oseas impugna la falsa prosperidad de su tiempo en el que ve “*perjurio y engaño, saqueo y robo, adulterio y violencia, sangre sobre sangre*” (Os. 4, 2). Miqueas, a su vez, ejerce su denuncia contra la tiranía de los gobernantes y contra el imperialismo belicista afirmando que “*Él juzgará a pueblos numerosos y será árbitro de naciones poderosas y lejanas (...): no alzarán su espada nación contra nación ni volverán a prepararse para la guerra*”. (Miq. 4, 3). Semejante contenido es el de los demás profetas de aquel tiempo, como Isaías, Jeremías y Ezequiel, quienes, como los anteriores, aun hablando en nombre de Dios, presentan un mensaje no religioso, sino de denuncia social, y en contra de la guerra y de los abusos del sacerdocio. O como diríamos hoy día, *antisistema, pacifista y anticlerical*.

8.- *Nuestro Porvenir, más que revolucionario, CONTRA-CULTURAL.*

Así, y como con razón afirma Ernesto Cardenal, la Biblia es el único libro religioso de la antigüedad que es esencialmente revolucionario, y además en nombre de Dios, en cuanto que impone la erradicación de las desigualdades sociales, algo que en aquella época ningún filósofo, moralista, religión ni escuela de pensamiento alguna acertó a pretender²⁹. Los demás textos religiosos de la antigüedad planteaban el equilibrio armónico que vivifica la existencia (el *Tao*

28 CHOMSKY, Noam, *Dos horas de lucidez. Ideario del último pensador rebelde del milenio*, Ediciones Península, Barcelona, 2003, p. 20.

29 CARDENAL, Ernesto, *Las ínsulas extrañas. Memorias 2*, Editorial Trotta, Madrid, 2002, p. 320.

Té King), o el modo de acceder al plano trascendente (el *Bhagavad Gita*). Es decir: teología y moral, ascética y mística. Pero la Biblia va mucho más allá, al decantarse de modo explícito, imperativo y concreto por restablecer en la *polis* el equilibrio de la *physis* y del *arjé*, roto desde la segregación de aquella con respecto a estos, como ya se ha visto. O, dicho de otro modo, hacer la revolución integral, o sea: la interna y la externa; *metanoia* y *koinonia*, pues como afirma el taoísmo, lo que es dentro es fuera; lo que es arriba es abajo³⁰. Y, más que revolucionario, contracultural, en cuanto que el cambio social requiere una novedosa mentalidad, que se puede alcanzar de modo previo o simultáneo con respecto a dicho cambio.

Frente a toda esta obviedad, resulta un tanto estrecha la crítica del Vaticano ante el supuesto inmanentismo (o negación del plano trascendente de la fe) de la teología de la liberación. El entonces cardenal Ratzinger afirmó en 1986, en esa línea, que “*la dimensión soteriológica de la liberación no puede reducirse a la dimensión socioética que es una consecuencia de ella*”³¹. Dicha corriente eclesial latinoamericana sostiene que el plano terrenal u horizontal de la realidad participa de modo parcial de la salvación negando, no lo trascendente, sino la dualidad entre la historia profana y la sagrada, y estableciendo un único devenir humano convergente en Cristo³², lo cual no sólo no es un error doctrinal, sino que es una afirmación implícitamente presente en la Biblia, en el magisterio eclesial y en la historia de la Iglesia.

30 Así dice el Tao Te King: “*El hombre acata las leyes de la tierra. La tierra acata las leyes de Tao. El cielo acata las leyes de Tao. Y Tao, las de su propia naturaleza*”. (LAO-TSE, *Tao Te King*).

31 RÁTZINGER, Jose. *Instrucción sobre la libertad cristiana y liberación*, Ediciones Paulinas, 2ª Edición, Bogotá, 1987, p. 60.

32 GUTIERREZ, Gustavo, *Teología de la liberación. Perspectivas*, Ediciones Sígueme, Salamanca, 1985. p. 99.